

LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Y LA PRENSA PERIÓDICA EN BUENOS AIRES

(1875) ⁽¹⁾

LA PRENSA PERIÓDICA

Parece imposible que en pleno siglo XIX, en el centro de una populosa capital, en la Atenas de la República Argentina, en donde campean tantos distinguidos escritores, tantos elocuentes oradores, tantos inspirados poetas, tantos jurisconsultos afamados; parece imposible, digo, que haya descendido la prensa, esta gran palanca de la civilización y del progreso de los pueblos, esta verdadera cátedra de moral y de cultura, al terreno en que se ha colocado por una cuestión que podía haberse dilucidado en el terreno tranquilo de una discusión suave y razonada, teniendo por base los principios del derecho y de la historia.

Hago este cargo a la *prensa periódica* de Buenos Aires, porque *La Tribuna*, *El Nacional*, *La República*, *La Libertad*, *La Época*, *Le Courrier de la Plata*, *El Correo Español*, es decir, la prensa toda de esta culta e ilustrada capital, a excepción de *El Católico Argentino* y de *La Prensa*, se han mostrado, en mi concepto, muy abajo de la altura que la época exige de escritores, por otra parte, tan caballeros y corteses.

Este gran río de la prensa que debía formarse de aguas las más puras y cristalinas, se muestra en estos momentos turbio y cenagoso.

La autoridad eclesiástica es desprestigiada, ultrajada, vilipendiada, despreciada hasta el extremo. ¿Y por qué? Por el ejercicio de una de sus atribuciones, por el ejercicio de su derecho.

¿Se considera que este derecho no existe, o que su ejercicio no es oportuno? Colóquense entonces en el terreno del raciocinio, del raciocinio que ilustra, que eleva, que esparce torrentes de luz en el seno de los individuos y de las familias.

Una sociedad ilustre, cuyo alto renombre por la ciencia y por la moral ha sido siempre reconocida por los grandes historiadores católicos y protestantes como Cretineau-Joli, Cantú, etc., etc., Schoel, Sismondi, Ranke, Starck, etc., etc.

(1) Publicación que se hizo a raíz del incendio.

Una Sociedad que si bien es cierto ha sido constantemente combatida y que nunca dejará de serlo por ignorancia de buena o mala fe, por las pasiones exaltadas de escritores sin conciencia, como Michelet, Quinet, Gioberti, etc., ha merecido, no obstante, los elogios a través de los siglos de los hombres más eminentes por la virtud y por las letras, como Bacon, Leibnitz, Robertson, etc., según se verá.

A esta Sociedad, sin embargo, se le presenta cual una corporación de bandidos, de envenenadores, de usurpadores, de ambiciosos, de corrompidos, de perturbadores del orden social.

Estas ideas emitidas en un estilo que jamás se atreverían a manifestar ante ninguna sociedad particular, se procura incrustar en el corazón de la juventud, del pueblo y aún de las mismas damas, dirigiendo la palabra no sólo a una población, sino al mundo entero, a la sociedad universal, desde la altura de la gran tribuna de la prensa.

¿Son criminales los Jesuítas? Muéstrense los hechos, pruébense con la historia verídica y no con el hacinamiento de improperios, de calumnias y denuestos sin fundamento alguno.

La *prensa periódica* manifiesta un profundo respeto al Papa que los extinguió por un Breve. Me complazco sobre manera en ver tributado tan justo homenaje a un Soberano Pontífice. Pero qué quiere la señora *prensa*, yo abrigo mis recelos y no puedo menos que manifestarlos con franqueza:

Quidcquid id est, timeo Danaos et dona ferentes (1).

«Todo ese culto será muy cierto, mas yo temo a los griegos justamente cuando con mayores dones se presentan.» Tantos homenajes a un solo Papa me alarman por no ver ni el recuerdo de veintinueve Soberanos Pontífices, hasta Clemente XIV y de seis más después de él, que se han manifestado unánimes en reconocer el relevante mérito de la ilustre Compañía de Jesús de la cual había dicho ya con mucha anterioridad el gran Concilio de Trento que *no había cosa alguna que reformar ni en sus Constituciones, ni en sus costumbres*.

Y el estilo de la *prensa periódica*, respecto de la cuestión con los Jesuítas, que repruebo, y que repruebo altamente, no solo lo hago por cuanto ofende la cultura de nuestra sociedad, en particular, y la de todo el público civilizado en general, adonde vuelan hojas envenenadas, sino muy principalmente porque esas mismas funestas hojas son una infernal bomba explosiva, lanzada por la imprevisión o por la mala fe en medio del petróleo de las pasiones fosfóricas de tantos jóve-

(1) VIRGILIO. *Eneida*. Libro II, verso 49.

nes inexpertos, o de los sentimientos innobles de tantos hombres aspirantes, de tantos hombres de partido, *sistemáticamente malos*, y de tantos otros impíos, gratuitamente enemigos de la Religión y de la Iglesia.

Por esto, constituyéndome en órgano de la opinión pública de nuestro desgraciado país, (que lejos de censurarme estoy cierto me elogiará), constituyéndome en órgano de su ilustración, de su civilización, de su verdadero progreso, rechazo y condeno de la manera más solemne las ideas y el estilo de la *prensa periódica* de la capital de la República Argentina, sobre esta materia, haciéndola responsable al mismo tiempo de todos los males que pueden seguirse, que se han de seguir necesariamente, como consecuencias lógicas, precisas, de funestos antecedentes, incauta o maliciosamente establecidos.

Nada hay *absoluto* en la humanidad, *mucho menos la libertad*.

Hago, pues responsable a la *prensa periódica* de Buenos Aires ante Dios, ante la sociedad, ante nuestra sociedad, ante la sociedad universal y ante la historia, de todas las maldades, de todos los sacrilegios, de todos los crímenes que puedan subseguirse, y aún de la tiranía, que por causa de ella, yo veo en lontananza; porque ello es cierto, según nos muestra constantemente la historia de todos los tiempos y de todas las naciones, que los pueblos, cuando no quieren *subordinarse a la ley*, tienen que ser *despotizados* necesariamente o por la tiranía, o por la anarquía de la *prensa*, que es la peor de todas las anarquías; mañana lo estaremos por la tiranía. El dilema es tremendo, pero necesario cuando se rechaza el *dominio de la ley*. Yo confieso francamente que, en *tal caso* estoy por el primer *despotismo*, que es la tiranía de uno solo, y no por el segundo, que es la tiranía de muchos. El buen sentido, el sentido de la propia conservación, nos hace preferir uno a muchos amos.

La *prensa periódica* no hace sino encender una inmensa devoradora hoguera, de vehemente, insaciable fuego, que consumirá los principios fundamentales, *todos* los principios salvadores del bienestar de la sociedad. Las ideas subversivas que la *prensa periódica* siembra, las reaccionarias ideas que propaga, que trata de infiltrar y de grabar profundamente en los espíritus, son una bebida emponzoñada, alcoholicomoral, que ataca a los débiles cerebros, no bien dispuestos todavía a resistir fuertes impresiones. La juventud ansiosa de vivir, y de vivir principalmente de las ideas, devora, cual si apurara un vaso de néctar, las que la *prensa periódica* le brinda en dorada copa de fascinadoras formas; la pobre juventud anhela ardientemente por instruirse en todos los ramos de la literatura, de la ciencia y

de las artes; ella cree que la prensa es como debiera ser, la abundante y pura fuente en que puede apagar su sed: se lanza, se precipita en ella, no de otro modo que el sediento cazador después de sus fatigas: la prueba, la bebe sin medida, experimentando luego el efecto mortífero del fatídico veneno que mano impía le arrojara, sin conocer sino a su postrer aliento la causa irremediable de su mal.

El laborioso e inteligente operario, que sabe que el hombre no solo vive del pan material, sino de otro alimento incomparablemente superior, busca ávido en la *prensa*, después de sus fatigas del día, tan suspirado manjar, y a poco advierte por las ansias y zozobras de todo su ser, que se encuentra envenenado; se arrepiente, maldice el alimento y aunque tarde, trae a la memoria que en otros pueblos algunos de sus amigos, habiendo sido igualmente emponzoñados, por dicha suya, fueron con tiempo atendidos y curados, tomando el antídoto en las saludables aguas de otra fuente cristalina y pura.

Hoy se dice por una *prensa* despótica, tiránica, injusta, ingrata: *¡Abajo los Jesuitas! ¡Mueran los Jesuitas!* Pero, por detrás de ese mote, de esos perversos Jesuitas, de esos revolucionarios, envenenadores y asesinos, que son el guardapolvo de la máquina infernal de su designios, personas de vista más perspicaz y de mayor alcance, leen horrorizadas: *¡Abajo las comunidades religiosas! ¡Abajo los monasterios! ¡Mueran los frailes! ¡Mueran los clérigos!* Y ayudando a la propia vista con el telescopio de la historia contemporánea, distinguen algo más lejos: *¡Abajo los templos! ¡Abajo la Religión! ¡Abajo las leyes! ¡Abajo todo orden social! ¡Viva la revolución! ¡Viva la libertad absoluta! ¡Viva la comuna! ¡Viva el caos!*

Y ese mismo pueblo, aleccionado por los engaños de una *prensa* incendiaria, hipócrita y falsa, ¿no podrá decir también mañana: *¡Abajo la prensa reaccionaria! ¡Abajo la prensa impía! ¡Mueran los irreligiosos redactores! ¡Mueran los enemigos de la Iglesia! ¡Mueran los masorqueros de las ideas! ¡Empastélense sus imprentas! ¡Vivan las órdenes religiosas! ¡Vivan los Jesuitas! ¡Vivan los verdaderos amigos de los pueblos! ¡Vivan los civilizadores de la América!?* Sí lo podrá decir, y lo dirá tarde o temprano, porque este es el derrotero que marca la historia de la libertad desbordada de todos los pueblos.

Yo quisiera que esto jamás suceda. Pero la *prensa periódica* vuelva sobre sus pasos, apague el fuego que ha encendido y que cada día atiza: no insulte, no calumnie, no falsee la historia, no ofrezca en sacrílego holocausto la verdad a las pasiones; no ofenda la *razón colectiva* de trescientos millones de católicos con su jefe supremo al

frente, a la *pobrísim*a razón del *Diccionario* enciclopédico de la impiedad, juzgado ya y condenado por los sabios y por la ciencia de la Religión, que es el terreno, en que los hijos de la Iglesia deben colocarse para dilucidar las cuestiones que nos ocupan.

LA COMUNA EN BUENOS AIRES, INFERNAL ENGENDRO,
DADO A LUZ POR LA PRENSA PERIÓDICA

Se había levantado como por encanto un edificio, un colegio, un magnífico templo, consagrado a las ciencias y a las musas en uno de los barrios más apartados de esta capital. Su crédito, su fama trasformó muy luego la solitaria calle de Callao, en que la modestia y el amor a la sabiduría lo fundara, en una de las más amplias y deleitables de la hermosa Buenos Aires. Su ámbito espacioso se hallaba decorado por amenos, rientes huertos y orlado de cómodas, ventiladas galerías con inmensos salones de estudio y de alegres, salubres dormitorios, arreglado todo con ese gusto exquisito, que por la vocación a la enseñanza y a la educación, ha acordado la Providencia a los afamados hijos de la Compañía de Jesús. Aquí, en este vergel de la República, se alzaban ya algunos árboles esbeltos a la sombra de los laboriosos e ilustrados Jesuitas, y cultivaban los amenísimos jardines de los corazones y de la inteligencia de 250 jóvenes de las primeras familias argentinas, principalmente de la capital. En sus costados estaban los grandes almacenes o graneros, por decirlo así, de las ciencias y sus adornos, de donde salían las simientes, que habían de esparcirse por el campo de las vírgenes inteligencias, para ser fecundizadas por el sol del estudio, por la mansa lluvia de la enseñanza y por las auras suaves de métodos acreditados. Se leía en sus respectivos frontispicios: Filosofía, Física, Química, Historia Natural, Matemáticas, Aritmética demostrada, Aritmética práctica, Cosmografía, Literatura nacional y general, Estética, Historia de América, Historia Moderna y Contemporánea, Historia de la Edad media, Historia antigua, Historia Griega y Romana, Historia Sagrada, Religión demostrada, Latín, Griego, Castellano, Francés, Inglés, Alemán, Geografía, Caligrafía, Dibujo lineal y natural, Música vocal e instrumental, destacándose *una cruz* sobre cada uno de los títulos, lo que encerraba una profunda Filosofía. (1)

(1) Como que era un Colegio de *ciencias preparatorias*, todas éstas eran las asignaturas que en él se enseñaban.

Y para mayor estímulo a las tareas científicas y más poderoso atractivo para cultivar y perfeccionarse en las letras, o hacer prácticos los estudios, ofrecía también a sus discípulos:

Una rica biblioteca en todos los idiomas y sobre todos los ramos de las ciencias y de las artes con diez mil volúmenes, hoy reducidos casi a cero;

Un hermoso gabinete de Física, provisto de los aparatos más modernos para todos los Tratados, que la ciencia abraza;

Un laboratorio de Química;

Una preciosa colección de más de dos mil minerales;

Una colección botánica de las más completas;

Globos de gran tamaño para el estudio de las Cosmografía y Geografía;

Una magnífica colección de mapas de grandes dimensiones.

Todos estos salones estaban provistos de todos los útiles necesarios, como mesas, asientos, pizarras, caballetes, tinteros, etc., etc.

De uno de los extremos del regio establecimiento que a vuelo de pájaro acabamos de trazar, saltaba una límpida, copiosa fuente, cuyas purísimas aguas eran el riego de esas mismas plantas, de esas inteligencias y corazones juveniles. La fecundante fuente era una modesta, pero hermosísima capilla, dedicada por los hijos de Loyola a la madre de Dios y de los hombres, ante cuyas aras ofrecían los alumnos el perfume diario de sus inocentes, filiales amores en las oraciones y plegarias que le elevaban en alas de las tiernas armonías de sus voces armoniosas, ofreciéndole también no pocos el incienso del estro santo de sus métricas inspiraciones.

Al lado de este suntuoso templo, destinado a cultivar y perfeccionar la imagen de la divinidad, según los designios de la Providencia sobre la criatura racional, se levantaba también otro, incomparablemente superior, consagrado al mismo Dios, dirigido igualmente y construído exprofeso por la mano artística y piadosa del infatigable Jesuíta.

La envidia y la impiedad le acechaban, hacía mucho, desde sus cavernas infernales. Un día Satanás, trasladando de sus antros subterráneos las ígneas tiendas del averno a la morada de los díscolos mortales, reunió a los suyos, no en los garitos, ni en las *academias*, ni en los teatros, ni en las plazas, ni en las calles, sino en las oficinas de las redacciones de la *prensa periódica*; y como todo su personal de redactores, editores, corresponsales, noticieros, cronistas, etc., le pertenecían de corazón o por simpatía, o por educación, o por convicción en las ideas, llamándolos a su presencia con el tono

del que impera, ordenó a sus jefes que principiaran a obrar cuanto antes, sin pérdida de tiempo, y dejándoles sus instrucciones partió al punto en raudó vuelo bajo la forma de una negra, horrible ave rapiña que al extender sus hediondas alas, dejó un hedor sulfúrico, insufrible, que esparciéndose por todas partes, impregnó de sus fétidas exhalaciones cuanto en torno suyo había, hasta los trajes, las personas y sus mentes. Ellos que no deseaban otra cosa, y que anhelaban por acreditarse con su señor, que era su despótico tirano, a pesar de sus ideas liberales, comenzaron a exhumar las momias de impías, añejas leyendas, que yacían en el polvo del desprecio y a vomitar a torrentes, con celo verdaderamente diabólico, la lava impura e incendiaria de blasfemias horribles contra todo lo más venerando y santo, para acabar por las calumnias contra los directores de ese benéfico establecimiento, por el gran crimen, por el imperdonable delito de enseñar con las ciencias la *verdad* y el *bien*, que vienen del cielo, el amor a la Religión y a la Iglesia, la subordinación de la razón humana a la razón divina, el respeto a los Papas como jefes del catolicismo, la obediencia a los padres, a los magistrados, a los gobiernos y a las leyes, derramando al mismo tiempo en sus lecciones el aroma de un bálsamo divino para hacer invulnerable el corazón de los jóvenes a las saetas envenenadas del infierno.

Al ver Luzbel que la propaganda de sus inspiraciones por la *prensa periódica* encontraba eco y que la multitud de sus afiliados lo aplaudían con estrepitoso clamoreo, con frenesí, frotábase las manos de contento y en los transportes de su júbilo diabólico, exclamaba entusiasmado; ¡Oh! yo no tengo en el abismo demonios fieles y solícitos como estos que me sirven en la tierra! ¡Son otro yo en el desempeño de la gran misión, de propagar e infiltrar el mal en las entrañas de la humanidad!

Hacía, pues, mucho tiempo que se iba formando una corriente eléctrica entre la tierra y el cielo en el seno de nuestra sociedad, de cuyo centro emanaban funestos gases de inmoralidad, de indiferentismo religioso, de descarada impiedad y aun de ateísmo práctico en las ideas, en las costumbres, en las universidades y en los libros, pútridos fermentados gases, elaborados poco a poco por la acción roedora, de la diabólica propaganda constante y tenaz de la *prensa periódica*, sin principios ningunos religiosos, inspirada solamente por Satanás, redactada siempre en sentido anticatólico y combatiendo incesantemente a la Iglesia, sus pastores, sus comunidades religiosas, sus ceremonias, sus prácticas, sus disposiciones, sus dogmas; trayéndonos

la *Comuna de las ideas* de todo lo más impío y detestable de los periódicos extranjeros o haciéndolos circular con grande encomio, sin jamás comunicarnos los nobles y religiosos sentimientos de nuestros buenos hermanos de allende los mares y constituyéndose ella sola por su cuenta en juez absoluto, irresponsable, *infalible* en todas las materias de su simpatía, fulminando mil anatemas de indignación contra todos los que no piensan como ella; de una *prensa* sin creencias ni principios fijos, que unan la sociedad presente con la sociedad futura, a la tierra con el cielo, a la criatura con el criador, al hombre con Dios; de una prensa que todo lo materializa, hasta el pensamiento mismo por su tendencia, que todo lo paganiza, haciéndonos retroceder más de dos mil años, para ponernos en contacto con el epicureísmo y el fatalismo y destruir así los sentimientos cristianos.

Hacia mucho tiempo, digo, que esos funestos gases acrecentados además por la apatía de las municipalidades, de las policías, de las cámaras, de los congresos, de los gobiernos, que solo se preocupan de los intereses puramente materiales, sin tener en vista para nada los intereses morales y religiosos, autorizando con un silencio incalificable hasta la infracción de la *ley divina* del descanso en los días Santos, ofreciendo de este modo con grande escándalo al viajero, al inmigrante, de cualquier comunión religiosa que sea, cuya primera desagradable impresión al poner la planta en el suelo argentino, en su capital misma, es ver lleno de sorpresa, el trabajo servil, públicamente ejecutado, empedrando las calles, teniendo abiertas las casas de negocio, los talleres y las fábricas en los días del Señor, en los domingos.

Esta corriente eléctrica moral de tantos y tan diferentes gases encerrados en ebullición, condensada un día, había de dar resultado necesariamente en alguna catástrofe, en alguna espantosa explosión, como en efecto lo dió en las escandalosas, sacrílegas jornadas del 28 del ppdo. febrero, produciendo la *Comuna* con todos sus horrores y abriendo el cráter del volcán humano, en el *Salvador*, en ese mismo suntuoso templo de las Musas y las Ciencias, reducido a pavesas en pocas horas por el incendio atroz que mano infanda, satánica causara, y bajo cuyas ruinas quedaron sepultadas todas esas bellezas descritas, y su santuario, y su biblioteca, y sus gabinetes, y sus aulas, y sus jardines, y sus salones, y sus galerías, cual otra Pompeya y Herculano entre las lavas y cenizas del Vesubio. Y si no hubo algunos Pli-nios, fué porque la Providencia los salvara, arrebatándolos, no tanto al furor de las llamas, que se mostraron más clementes, cuanto al

puñal de los sicarios que pretendían ultimar sacrílegamente a los inermes e indefensos heridos.

¡La *Comuna*! ¡qué horror! ¡La *Comuna*, vista por la vez primera en Buenos Aires el 28 de febrero del presente año, paseándose a tambor batiente y con banderas desplegadas por medio de sus plazas y de sus calles, insultando a la población con sus mueras repetidos y con sus estandartes de exterminio al viento desplegados! ¡La *Comuna*, que quería apagar su sed sacrílega con la sangre de los ungidos del Señor, y ver por tierra todos los templos y conventos de la capital! ¡La *Comuna*!... ¿Pero qué es la *Comuna*? ¿Qué importa, qué significa, qué encierra tan fatídica expresión?

¡La *Comuna*! es decir, la resaca del gran reflujo de los mares de todas las naciones, que aparece en las playas de las sociedades, después de las espantosas borrascas, producidas por las tormentas y huracanes de las ideas, salidas de cráneos enfermos, febriles, descarriados de míseros mortales, de cuyos cerebros se ha escapado, ha huído avergonzada la *verdad*, y de cuyos corazones ha emigrado escandalizado el *bien* y en donde solo domina despótica, tiránicamente la *mentira* y el *mal* en el doble apogeo de su desarrollo, bajo las aspiraciones de Satanás, que pretende extender sobre la tierra sus dominios infernales.

¡La *Comuna*! es decir, la guerra encarnizada, vandálica del vicio contra la virtud, del ateísmo contra Dios, de la impiedad contra la Religión, del fatalismo contra la Providencia, del egoísmo contra la fraternidad, de la ignorancia contra la ciencia, de la ociosidad contra el trabajo, de la pillería contra la honradez, de la barbarie contra la civilización, de la anarquía contra la autoridad, del desorden contra la ley, de las pasiones desbordadas contra la recta razón, del robo contra la propiedad, de la desvergüenza contra la modestia.

¡La *Comuna*! es decir, la *idea sintética* del mal y del error, el *individuo colectivo* de todas las excrecencias sociales de la humanidad, de todos los apóstatas, de todos los bandidos, de todos los incendiarios, de todos los ladrones, de todos los asesinos, de todos los violadores, de todos los falsificadores, de todos los traidores, de todos los parricidas, de todos los fratricidas, de todos los criminales escapados de las cárceles o de galeras.

He aquí pues la *idea* y la *individualidad colectiva* de los enemigos de los Jesuitas, como también la de los afiliados de la *prensa periódica*, de los ministros, de los agentes, de los corchetes y a la vez de los verdugos, de su propaganda diaria, continua de negras, desvergonzadas calumnias contra los Jesuitas, que son su flagrante antítesis; contra

los sabios, ejemplares Jesuitas, que son la *personalidad* de la verdad, del bien, de la virtud, de la laboriosidad, del desprendimiento, del estudio, de la ciencia; de la civilización, del progreso, del orden, de la subordinación, de la caridad, en una palabra, del *cristianismo práctico* en la sociedad.

¡La *Comuna* en Buenos Aires! es decir, el vandalismo de una chusma impía, azuzada y capitaneada por los hijos más mimados de la *prensa periódica*, marchando como en orden de batalla con salvaje gritería, conducido el estandarte de la Patria, por un oficial, indigno de sus galones, para hacerle presenciar escándalos nunca vistos en la tierra hospitalaria de los nobles argentinos!

¡La *Comuna* en Buenos Aires! es decir, esa masa misma de un populacho, ebrio de las ideas de devastación, inspiradas por la *prensa periódica*, aplazando su furor, para hacerlo estallar al día siguiente de una manera, todavía más horrible, pegando fuego a los archivos de la Curia, depositarios de algunos documentos relativos a ciertos apóstatas protegidos! (1)

¡La *Comuna* en Buenos Aires! es decir, el incendio, la desolación, la ruina, el robo, el pillaje del gran Colegio del Salvador, por los asesinos de los Jesuitas que los estropearon, apalearon e hirieron dejando algunos por muertos (2) y siendo otros arrebatados de en medio de las hogueras en que su bárbara crueldad los arrojara!

(1) Felizmente el Gobierno de la Provincia, a requerimiento del señor Provisor, por hallarse en la visita el Ilmo. Prelado, impidió se consumara el crimen, mandando tropa armada para custodiar el palacio arzobispal.

(2) Entre los gravemente heridos estaba el venerable septuagenario Padre Miguel Cabezas, cuya cabeza blanca, como la inocencia de su alma candorosa, parecía ponerlo a cubierto de cualquier insulto, mucho más de garrotazos y puñaladas. Le rompieron el cráneo en tres partes, siendo una de las heridas como de un gemo de largo y del grueso de un dedo de ancho. Cuando cayó exánime, envuelto en torrentes de sangre, de suerte que era imposible reconocerle, uno de los sicarios se abalanzó a ultimarle con un puñal, mas a ese tiempo un señor Moreira, que la Providencia llevó en ese momento al sitio del sacrilegio, haciendo desviar el golpe con extraordinaria presteza, fué el ángel tutelar que le salvó la vida. El P. Cabezas, tan conocido en Buenos Aires, desde la época de Rozas, en que, como todos sus compañeros, tuvo que emigrar, se hallaba en esta capital desde el 67, habiendo pasado casi todo el tiempo anterior misiionando en el Brasil y evangelizando a los indios Bugres, cuyas reducciones fueron fundadas por él y el inolvidable sabio P. Bernardo Parés, quien fué el primero que levantó la carta topográfica de esos remotos desiertos y espaciosas selvas y quien principió a formar la gramática y el diccionario de esa lengua de las más salvajes.

¡La *Comuna* en Buenos Aires, es decir, el grito estrepitoso de alarma dado a nuestros gobiernos, para que sin pérdida de tiempo comiencen a reglamentar la *inmigración*, a fin de que reportemos sus ventajas, evitando al mismo tiempo sus inconvenientes. Que vengan en hora buena los habitantes de todo el mundo a tomar parte en el banquete de la humanidad, en la mesa opípara de nuestro inmenso y riquísimo territorio, pues que todos somos hermanos, pero que no se haga sentar a nuestro lado a los asesinos y bandidos.

¡La *Comuna* en Buenos Aires! es decir, un sapientísimo consejo a nuestras legislaturas, al Congreso principalmente, para que se apresure a dictar cuanto antes una ley conveniente, previsoramente sobre la libertad de *imprensa*. No se puede negar, esta ilustre dama es muy hermosa y elegante, pero es sumamente mal educada, y de sus caprichos y desdenes vienen a resultar males gravísimos a la familia argentina: está en contacto con muchas amigas extranjeras, muy ilustradas, muy a la moda, si se quiere, pero que siendo por su carácter y sus creencias peores que ella misma, no puede sino ocasionarnos continuos disgustos y desinteligencias: es un torrente de abundantes aguas de nuestros ricos talentos, pero que deslizándose, por terrenos pantanosos, se vuelven cenagosas, insalubres, venenosas. Testigo el monstruo infernal que nos ocupa, engendrado y dado a luz por la constante propaganda de la *prensa periódica* de esta capital contra la esclarecida *Compañía de Jesús*, insultada y calumniada impunemente por ella.

CONCLUSIÓN

El 8 de marzo de 1844 decía el señor Conde de Montalembert en las Cámaras de los Pares: «Cuando entré en la práctica de las cosas, cuando ví en el mundo y en la historia que en todos los países, desde el Paraguay hasta la Siberia, todos los perseguidores de la Iglesia, desde el marqués de Pombal hasta el Emperador de Rusia, todos los errores, desde el ateísmo hasta el jansenismo, estaban de acuerdo contra los Jesuitas, conspiraban juntos y en todas partes su ruina y su proscripción; cuando reconocí en las luchas religiosas de nuestros días los mismos síntomas, ¡oh! entonces, me dije, es preciso, que haya en esos hombres algo de sagrado y misterioso que explica y motiva con maravillosa unión la causa de tan diversas enemistades. Es preciso que haya en ese instinto del odio, siempre tan previsor, algo que indique que es por allí por donde llega al mismo corazón de la Iglesia. He ahí por qué me hice partidario de los Jesuitas».

Y poco antes que este ilustre orador y escritor notable, había dicho uno de los historiadores contemporáneos de más fama, el célebre y fecundo Rohorbacher: «¡Honor a los Jesuítas! Los buenos católicos los aman, los malos y los herejes los aborrecen: nada más glorioso para la Compañía de Jesús». (1)

Más aun: cuando estos distinguidos escritores y otros muchos, como hemos visto, no se pronunciaron, cual lo han hecho, ¿no bastaban los acontecimientos del 28 y las causas que los produjeron, para persuadirnos quiénes son los Jesuítas y quiénes son sus enemigos?

El telón está ya corrido, el escenario descubierto y los actores a la vista.

Por una parte se presentan los hijos ilustres de Loyola con toda su altura, con toda su dignidad, con su virtud acrisolada, con su sabiduría reconocida, con su laboriosidad proverbial, con su independencia incontestable, con su regularidad afamada, con su orden admirable, con su observancia estricta, con su prescindencia completa de los partidos, con su silencio, con su modestia, con su retiro en medio de la Sociedad, con la asistencia asidua a los enfermos, con su predicación continua, ilustrada, desinteresada, ora en español, ora en francés, ora en italiano, ora en inglés, ora en alemán; ya en su templo, ya en los otros, ya en los colegios, ya en las cárceles, ya en los hospitales, ya en las misiones: teniendo además siempre abiertas las puertas de su colegio para todos los indigentes, para todos los menesterosos, para los necesitados del *pan* y del *consejo*, sin excepción ninguna de personas.

Por otra aparecen los enemigos de la *Compañía de Jesús* con todo el aparato de baterías de cañones rayados de largo alcance, al parecer tremendas, irresistibles contra su honor, contra su fama, contra sus glorias, pero que en las descargas que hacen se advierte que, una mano misteriosa, la poderosa mano de la *verdad* ha arrancado de sus cápsulas las balas del más grueso calibre, con que amenazaban a la inocencia, dejando tan solo a la *mentira* los tiros, sin más que con pólvora y estopa.

Después de ese infando día, la situación a este respecto queda completamente definida, ya sabe esta capital, ya sabe la República toda, ya sabe el mundo entero a qué atenerse; ya nadie ignora que los enemigos de los Jesuítas en Buenos Aires son los que en todas partes, los apóstatas, los bandidos, los salteadores, los asesinos, los sacrílegos, los impíos, los libertinos, los incendiarios, los petroleros, y que los mó-

(1) *Histoire de L'Eglise catholique*, t. 13, pág. 315. Quatrième Edition).

viles de esta infame máquina, introducida traidoramente en el centro mismo de la gran Troya de la Sociedad, son los embusteros Griegos de la *Prensa periódica* con todos sus elementos de la calumnia contra la inocencia, y del odio al *bien*, a la *verdad*; a la virtud, a la piedad, a la religiosidad, al mérito positivo.

Pero si ese fatal día nos ha orientado respecto de los enemigos de los Jesuítas, también nos ha hecho conocer a sus numerosos amigos, que es todo lo más distinguido de esta capital, por su religiosidad, por su educación, por su nobleza, por su fortuna por su posición social, como las familias de Anchorena, de Llavallol, de Estrada, de Frías, etc., etc. ¿Quién es capaz de presentar en detalle el inmenso pueblo que corrió a visitar los buques náufragos de la grande escuadra de la Compañía de Jesús, arrojados a la playa de nuestras calles por el huracán del 28 de febrero? ¿Quién puede enumerar la infinidad de damas y caballeros de la primera clase, que fueron a cumplimentar y ofrecer sus servicios a los capitanes, pilotos, oficiales y tripulantes, con toda la generosidad y galantería que tanto caracteriza a las porteñas y porteños? Nadie. El que esto escribe solo a los dos días de la catástrofe pudo penetrar hasta la morada del venerable P. Cabezas y de sus dos jóvenes compañeros los Padres Torrens y Vilardell, gravemente herido el segundo, porque le había sido imposible allanar la impenetrable muralla humana que obstruía más de la mitad de la cuadra.

Era de ver la solicitud verdaderamente humanitaria y religiosa con que a porfía se disputaban diferentes caballeros y señoras la satisfacción de llevarse alguno o algunos de los ilustres náufragos a sus hogares, aunque para lograr su piadoso intento tenían que atravesar por medio de las llamas en que ardía el Colegio y que soportar heroicamente los insultos y dicterios de la chusma de bandidos que ocupaba las avenidas. La señora doña Carmen de Clemente y de Guerra, noble y religiosa matrona de la primera aristocracia de Madrid, consiguió sacar con gran dificultad, ayudada de otras personas al exánime P. Cabezas, completamente desconocido por la gran cantidad de sangre coagulada que cubría su cabeza, rostro y cuerpo, como también a dos Padres más, de los cuales uno era un monstruo por lo hinchado y amoratado de la cara, a consecuencia de los bárbaros golpes, que con furor salvaje le habían descargado, hasta dejarlo debajo de una mesa creyéndolo ya sin vida. La caritativa señora, imitando a las fervorosas matronas romanas de los primeros tiempos del cristianismo, quiso llevar a su casa, a estos tres mártires sacrificados, por el despecho satánico de la *Comuna*, para curarlos y atenderlos personalmente.

El benemérito médico doctor don Lucilo del Castillo uno de los bienhechores de los Jesuitas, que más se ha hecho notable en esta su dura prueba, llevó seis de sus nuevos amigos, a quienes su religiosa familia ha atendido con el mayor esmero, prodigándoles él al mismo tiempo con cariño verdaderamente filial o fraternal sus cuidados profesionales, además de la hospitalidad. Al P. Cabezas y a los otros heridos él por sus propias manos los ha curado con la prolijidad del facultativo y con la ternura del amigo.

Con igual abnegación y afecto de un católico *práctico* se ha portado otro esclarecido discípulo de Esculapio, el doctor Ayerza, padre ejemplar de una numerosa familia, en la cual campea a la par que el espíritu religioso más sólido la amabilidad más exquisita, cuyos hijos todos, como él mismo, se han educado o se educan con los Jesuitas. Este caballero, conociendo bien a fondo a los hijos de Loyola, condujo a su domicilio al notabilísimo orador P. Jordán y a otro de sus compañeros.

El inteligente y simpático P. Salvadó; Rector del Colegio, cuyo mérito está todavía más realzado por su misma juventud, después de haber sido salvado de los primeros peligros por un caballero inglés, el señor G. Tupper, fué llevado por el distinguido abogado doctor don Pedro Palacios a su bellissimo domicilio, verdadera galería de cuadros originales y de magníficas copias, que creo la constituyen la primera de Buenos Aires. Este elegante cortesano y dichoso padre de familia, cuyos goces, por cierto los más puros, parecen estar circunscritos a hacer la felicidad de sus dos lindas, inocentes niñas y de su digna esposa, una de las señoras más interesantes por sus gracias personales, por su suave trato y sencillez encantadora, no quiso que nadie sino él fuese quien hospedara al sabio Mentor de su hijo único, cuyas favorables dotes prometen seguir un día las huellas del virtuoso hijo de Ulises, perfeccionado por el cristianismo.

Dos padres alemanes, de los cuales conocí a uno, que me pareció un ángel humanado por su modestia y candor, fueron los elegidos por el renombrado jurisconsulto doctor don Miguel Navarro Viola, tan afamado en su profesión y tan respetado como literato y como enérgico orador. Este antiguo y consecuente discípulo de los Jesuitas y uno de de sus alumnos más aventajados en la época de Rozas, había tenido a su hijo único educándose con los sucesores de sus primeros maestros, el cual, debiendo entrar a cursar facultades mayores, había salido del Colegio de los Padres. El recto abogado, el virtuoso esposo y modelo de padres de familia, inconsolable todavía por la pérdida de la

mitad de su alma, de su fidelísima compañera, que había hecho la felicidad de su existencia, creyó encontrar un bálsamo para su corazón herido, tratando íntimamente a los médicos del espíritu enfermo por el dolor, a los ilustrados huéspedes, que llevaba a su casa, como para probar a la Compañía de Jesús que existía siempre indeleble, vivo, su amor y gratitud a sus hijos, tanto más dignos de cariño, cuanto que eran tan injustamente perseguidos.

Siento mucho ignorar el nombre de las otras personas que han hospedado a los demás Padres, con especialidad a los más gravemente heridos, para agradecerles en nombre de la humanidad y de la patria argentina los servicios que les han prestado tan desinteresada y espontáneamente.

Por esto recomiendo a la opinión pública, que es en la tierra quien recompensa al mérito con sus justos homenajes, el nombre del denodado y valiente caballero inglés señor William George Martendale, que sin temor a los bandidos, asiló en su casa (Río Bamba 122) a seis Jesuitas, que para salvarse habían escalado los muros del huerto del Colegio, y cuando se encontraron en la calle, no sabiendo adonde dirigirse, porque de todos temían, ese señor les abrió su domicilio con el cariño de un antiguo amigo, o más bien, con la ternura de un padre, y los puso bajo la salvaguardia de su valor y de sus armas, no; los puso a cubierto de su caridad verdaderamente cristiana.

El señor farmacéutico don Martín Astiz, que tiene su establecimiento en la calle del Parque 508, enfrente del Salvador, es asimismo acreedor a todo elogio, al reconocimiento de los amigos de la Compañía de Jesús, por haber hecho con el mayor desinterés y afecto la primera cura a los golpes y heridas de los Padres Albi, Morera y otros, a pesar de los gritos de los asesinos, dando *mueras a los Jesuitas y sus defensores*, quienes de las palabras pasaron a las obras, despedazándole las arañas y vidrieras, ya que no pudieron penetrar hasta donde se hallaban las personas.

Ahora bien; después de consumados tan escandalosos crímenes, yo pregunto: ¿Qué han hecho, qué han escrito, qué han enseñado, qué han dicho los Jesuitas, para que tan atroz y encarnizadamente se les persiga?

¿Qué han hecho? Lo de siempre, y en todas partes: combatir los vicios, atacar los errores, confesar, evangelizar, enseñar, edificar, cual su capitán Jesús, con la palabra y el ejemplo, haciendo el bien por doquiera, esparciendo en su camino torrentes de clarísima luz, viviendo ajenos completamente a todo lo que no sea el ejercicio estricto de

su ministerio, sin mezclarse jamás ni en partidos, ni en negocios seculares y procurando siempre no honores ni riquezas, sino únicamente el progreso espiritual y material de los pueblos *para mayor gloria de Dios*: «Ad maiorem Dei gloriam», que es el tema de su Santo Fundador.

He aquí su crimen, he aquí su gran delito de la lesa-impiedad, de la lesa-irreligiosidad, de lesa-desorden, de lesa-ateísmo, de lesa-inmoralidad, que jamás los malos ni la *prensa periódica* les podrán perdonar.

Pero los Jesuitas no son sino un pretexto; es que hiriéndolos a ellos se va derecho al corazón de la Iglesia, como lo acabamos de oír al Conde de Montalembert, se va línea recta a procurar destruir la Religión, y como los Jesuitas son el poderoso antemural, las fuertes torres que la detienen, es necesario ante todo, estrellarse con ellos.

Y que el odio de la impiedad y de la *prensa periódica* a los Jesuitas es el odio a la Religión, la Comuna del 28 se ha encargado de quitar toda duda, si es que podía haber alguna, ella lo ha puesto de relieve. Por eso la profanación, el incendio, la ruina de su templo.

Por eso los sacrilegios nefandos contra las hostias consagradas, contra el cuerpo sacrosanto de Jesucristo, hasta arrojarlo a la calle, hasta pisotearlo y mezclarlo con la tierra, empapada en la sangre de sus mártires.

Por eso el sacrilegio de despedazar y triturar muchas reliquias y dos cuerpos de Santos.

Por eso el otro sacrilegio de mutilar los dos cuerpos bellísimos de los niños mártires San Fidel y San Aurelio, regio obsequio de nuestro Santísimo Papa Pío IX a sus idolatrados Jesuitas.

Por eso la profanación de los ornamentos sagrados, de los copones, patenas y cálices.

Por eso las imágenes despedazadas, los cuadros de los Santos apuñaleados. ¡Qué infernal lujo de sacrílega crueldad!

He estudiado detenidamente lienzo por lienzo, para formarme idea del espíritu satánico que ha dirigido a esos apóstatas de la fe a perpetrar tamaños sacrilegios. El gran cuadro de Jesús, de estatura natural, orando en el huerto, con un semblante lleno de humildad, de dulzura, de mansedumbre, de resignación, a la vez que de angustioso dolor, tiene dos grandes tajos muy prolongados en el rostro y una enorme puñalada al lado del corazón. De igual modo se han ensañado, que extraño ya, en el retrato de San Francisco Javier, el civilizador de las Indias orientales, en el de San Francisco de Borja, etc., etc., y

muy principalmente han mostrado su encarnizamiento, su sacrílega cólera con el retrato del Fundador de los Jesuítas, del temible campeón para el infierno, de San Ignacio de Loyola, cuyo nombre solo, por llevar el de Jesús en sus banderas, en sus Reglas, en sus Constituciones, en sus libros, en sus Colegios, en sus templos y en el corazón de todos sus hijos, hace temblar al abismo y desesperar a los malvados.

Y como nuestros cultos, nuestros homenajes, inspirados por el amor religioso no paran en esos maderos, ni en esos bronce, ni en esos lienzos, sino que vuelan hasta el cielo en alas de la fe y de la esperanza, así esos desacatos, esas puñaladas no paran en esas imágenes, ni en esos cuadros, sino que van más allá por el odio infernal contra la misma divinidad.

Por eso finalmente el querer y procurar los bandidos con tanto empeño pegar fuego en ese execrable día a los conventos y monasterios, haciéndose necesario el custodiarlos con tropas de línea, para evitar nuevos escándalos. ¡Oh! la presencia de estas religiosas casas, símbolo del cristianismo práctico en su más perfecta y sublime expresión, es insoportable a la vista de los mundanos, a la vista de los malos; ellas, por lo que moralmente encierran, son el reproche más duro y la protesta más elocuente contra el materialismo, contra el sensualismo y contra el egoísmo más refinado del siglo, del cual es la *prensa periódica* el paladín infatigable.

El día pues de la Comuna en Buenos Aires, el 28 de febrero de 1875, que será siempre de tristísimo recuerdo, por lo que en él los enemigos de Dios se propusieron, ha sido en los designios de la Providencia el gran día de la vindicación y completa justificación de los calumniados Jesuítas, como también el memorable día del juicio más imparcial, del más solemne *mentís* a la calumniadora *prensa periódica* y del más terrible anatema a su impía e infame propaganda.

Ese memorable día de dolorosos recuerdos, bien a pesar de los autores de sus escándalos, nos ha hecho conocer todavía más o fondo a los ejemplares hijos de Loyola, a los verdaderos imitadores de Jesús, cuando la Comuna, formada por la propaganda impía de la *prensa periódica*, los ha puesto en el calvario de su martirio. Aquí, desde esta sublime altura del dolor y de la persecución injusta, es donde como el divino maestro, se han mostrado más elevados, no desprendiéndose de los labios de *ninguno ni una sola palabra* de resentimiento, ni mucho menos de venganza. Por el contrario, a varios de ellos con quienes he hablado, no les he oído sino sentimientos de perdón y plegarias de misericordia. ¡*Pobrecitos!*, decía el Padre Cabeza

a los tres días de sus heridas, lleno de mansedumbre y con una sonrisa tan natural como edificante, *no saben lo que han hecho, se han dejado arrastrar, como compelidos, ignorando adonde eran conducidos. Esto mismo lo habrá permitido Dios para su radical conversión.*

Mucho más pudiera moralizar sobre estos acontecimientos, pero se hace necesario concluir cuanto antes, porque me he extendido más de lo que me había propuesto. Y al terminar, voy a hacerlo, dedicándole a la *prensa periódica* la relación del sueño memorable de uno de los mortales más grandes del mundo para que lo lea, relea y medite profundamente.

Por los años de 1434 o 1440, cierto día un hombre de espaciosa frente y mirada pensativa, recogido en la modesta celda de un apartado monasterio, al ver resuelto un gran problema, que lo había preocupado casi toda su vida de artista, dando de improviso un golpe sobre la mesa en que había tenido apoyada la cabeza, exclama en el transporte de su júbilo: *¡Soy inmortal!*

Como estuviera tan fatigado por la continua meditación y las vigili-
as, quedóse dormido, repitiendo de vez en cuando: *¡Soy inmortal!* Entonces tuvo un sueño, que lo agitó no poco al despertarse en su silenciosa mansión.

«Oía, decía él mismo, dos voces desconocidas y de un timbre diferente, que me hablaban alternativamente en el alma. Una me decía: Regocíjate, J., ¡eres inmortal! ¡Desde hoy toda la luz se propagará por ti en el mundo! ¡Los pueblos que viven a millares de leguas de ti, extraños a los pensamientos de nuestro país, leerán y comprenderán todos los pensamientos esparcidos y multiplicados como la reverberación del fuego por ti, por tu obra!

»Regocíjate, J., tú eres inmortal. ¡Tú eres el intérprete que esperaban las naciones para conversar entre sí! ¡Tú eres inmortal, pues tu descubrimiento va a dar la vida perpetua a los genios que morían sin ti, y que todos por reconocimiento proclamarán a su vez la inmortalidad de aquel que los inmortaliza!

»La voz se calló y me dejó en el delirio de la gloria.

»Oí la otra voz que me dijo:

»Sí, ¡tú eres inmortal, J...! pero ¿a qué precio? El pensamiento de tus semejantes, *¿es siempre bastante puro y bastante santo para que merezca ser entregado a los oídos y a los ojos del género humano? ¿No hay muchos, y acaso el mayor número, que merecerían mil veces ser convertidos en la nada, antes que respetados y multiplicados en el mundo?*

»¡El hombre es más bien perverso que sabio y bueno, profanará el bien que le haces, y abusará del nuevo sentido que le creas! Durante un siglo, en vez de bendecirte te maldecirán!

»Nacerán hombres, cuyo talento será poderoso y seductor, pero cuyo corazón será soberbio y corrompido; sin ti, hubieran quedado oscurecidos, encerrados en un círculo estrecho, no hubieran hecho desgraciados sino a los más cercanos y a sus contemporáneos, *por ti, llevarán, el vértigo, la desgracia y el crimen, a todos los hombres de todas las edades!*

»¡Ve a esos millares de almas corrompidas con la corrupción de una sola! ¡Mira a esos jóvenes pervertidos por libros cuyas páginas derraman el veneno en el espíritu!

»¡Mira a esas jóvenes modestas, infieles y duras para los pobres, porque leyeron esos libros que derraman la maldad en sus corazones!

»¡Vé a esas madres llorando a sus hijos!

»¡Vé a esos padres avergonzándose de sus hijas!

»Juan, una inmortalidad que cuesta tantas lágrimas y angustias, ¿no es demasiado cara? ¿Envidias la gloria a ese precio? ¿No te espanta la responsabilidad que esta gloria hará pesar sobre tu alma?

»Créeme, Juan, vive como si nada hubieses descubierto. ¡Mira tu invención como un sueño seductor, pero funesto, cuya ejecución sería útil y santa si el hombre fuera bueno!... ¡Pero el hombre es malo! y *prestar armas a los malvados, ¿no es tomar parte en sus crímenes?*

»Yo me desperté horrorizado y dudoso, titubeé un instante; reconsideré que los dones de Dios, aunque algunas veces fuesen peligrosos, no eran nunca malos, y que dar un instrumento más a la razón y a la noble libertad humana, era dar un campo más vasto a la inteligencia y a la verdad, ambas divinas.

»Yo proseguí la ejecución de mi descubrimiento (1)».

ÚLTIMA PALABRA

La *prensa periódica* hace un argumento contra los Jesuitas, que si bien aparece algo especioso en el primer momento, y por ventura capaz de sorprender a algunos, luego de un instante de reflexión se ve que es *contraproducente*.

Dice la *prensa periódica*: «A los Jesuitas se les echa de *todas partes*. Luego no son buenos.»

(1) Sueño que tuvo el descubridor de la imprenta, Juan Gutenberg.

Acerquémonos a este fantasma sin temor, analicémoslo con todo el valor del crítico, armado del más simple de los raciocinios.

Los Jesuitas son echados de todas partes. Esto no es cierto; sólo en los Estados Unidos tienen cuatro provincias con innumerables misiones, residencias y colegios, siendo éstos los más acreditados entre los demás de la infinidad de comuniones religiosas, que existen en la gran República de la libertad, y de donde jamás han sido echados, antes por el contrario, premiados por el Gobierno con las prerrogativas acordadas a los más aventajados educacionistas, abrazando todos los ramos que la pedagogía comprende. La Francia tienen cinco Provincias, la Inglaterra dos, la Bélgica tres, la España dos, muy extensas, hasta las Filipinas y nuestra América del Sud, etc., etc.

Pero aun suponiendo que de todas partes hayan sido echados, ¿no han sido también de todas esas partes vueltos a buscar con grande empeño, hasta conseguir todas esas partes lograr sus piadosos intentos?

La Francia los echó tres veces y tres veces los volvió a procurar. La Bélgica los echó, Venecia los echó, la Alemania los echó, la Rusia los echó, la España los echó, Portugal los echó. Pues bien, serán muy malos, cuando así los tratan en todas estas partes. Ahora yo pregunto, y de todas esas partes ¿no los volverán a buscar, apenas acabados de echar? Luego serán muy buenos, cuando así los tratan los arrepentidos, que antes los echaron.

Pero continuemos en el análisis del fantasma. Para esto pregunto de nuevo: ¿Quiénes los echaron? ¿Quiénes los volvieron a buscar?

A la primera pregunta conteste la misma prensa periódica, poniendo la mano sobre su conciencia, si es que la tiene, cuando ella tanto ha trabajado para que los echaran de esta capital y de la República toda, sirviéndose al efecto de los medios tan nobles de que se ha valido, no omitiendo ni aun estrecharse con apóstatas, y toda clase de criminales.

A la segunda, ya ha contestado la historia, cuyos documentos quedan consignados en este escrito, inspirado únicamente, Dios lo sabe, para volver por la inocencia y la virtud perseguidas y por el amor a la verdad y al bien, que esos santos y sabios hombres me enseñaron a conocer y buscar. Vuelvo a decir, a la segunda ya ha contestado la historia contemporánea, cuando toda la Europa fué a buscarlos a la Rusia, donde se habían asilado, para reinstalarlos en sus primitivos colegios.